

El viaje de Salma

Hoy cruzo la frontera
bajo el cielo
bajo el cielo
es el viento que me manda
bajo el cielo de acero
soy el punto negro que anda
a las orillas de la suerte

Lhasa

Son piedrecitas poliédricas incoloras y azules alineadas en dos cadenas, dibujan un signo extraño, como una letra del alfabeto árabe o chino, quien sabe. Un microbiólogo diría que le recuerdan hileras de estreptococos. Pero quien observa no se dedica a contar bacterias; y la cuenta que hace es la de la heladora factura que le endosaron por el colgante de zafiros y diamantes engarzados en oro blanco. Casi nada. Un antojo de su amorcito en la última escapada a Italia. Y que ahora lleva radiante sobre el escote *palabra de honor* ¿por qué lo llamarán así? La espalda y los hombros al aire, y el pelo recogido en un moño. Se entretiene mirando a los comensales de otras mesas, mientras sujeta el pitillo entre los dedos estirados, el brazo en vertical; componiendo esa pose algo tensa y coqueta de algunas mujeres cuando fuman.

Para él es el momento más esperado después de una comida exquisita. El camarero le acaba de traer el Partagás Serie D nº 4, uno de sus preferidos, recién salido del humidor. Si frecuentan este restaurante es también por la colección de puros que se exhiben en el soberbio armario humidor que preside el comedor, con todo un muestrario de los mejores puros. Siguiendo un ritual, se lo pasa por la nariz, le gusta aspirar su aroma a “tierra profunda” dice, lo enciende con cuidado de no carbonizar demasiado la punta, y luego se entrega a dar demoradas caladas dejando que el humo invada la boca para saborearlo igual que un buen vino, sin prisas.

Sin embargo, pálido lector, esta historia no comienza aquí. Ni los miembros de esta pareja que ahora dejamos en la placidez de la sobremesa son sus protagonistas; aunque sí lo van a ser de un modo accidental.

No. La historia comienza en un lugar situado a miles de kilómetros, al sur. En el poblado africano donde vive la pequeña Salma. Salma adora África. Las mujeres con sus ropas de colores llamativos y los bebés amarrados a la espalda mediante una simple tela. Los niños que se pasan las horas jugando con el torso desnudo y los pies descalzos sobre la tierra con el único juguete que tienen: un balón. Este pueblo no necesita mucho para vivir. Lo que pasa es que la sequía y la hambruna están llevando a la población a una situación cada vez más desesperada. Hace tiempo que no hay arroz ni maíz, se acaban el ñame y la yuca. Hay tanta escasez que las mujeres cuecen las hojas de algunos árboles durante tres días, para que no sean tóxicas, y poder tener algo con que distraer el hambre. Y los niños se dedican a localizar los hormigueros de las termitas para juntar cantidades diminutas de granos y semillas.

Salma no soporta más, y hace tiempo que ha decidido hacer lo mismo que otros muchos: marcharse, emigrar, jugársela e intentar alcanzar las tierras de la abundancia. Se echa al camino y a su lado pasa un escarabajo negro al que sin pensárselo dos veces se sube. Avanzan con parsimonia sorteando los guijarros de la pista de tierra. En el cielo una especie de grajo da giros encima de ellos, parece que los ha avistado, y de pronto se lanza y ¡zas! se los zampa. El pájaro vuela hasta una ciudad portuaria y allí entre los restos del coleóptero negro Salma sale de nuevo al exterior. En el puerto, entre cajas de pescado, estibadores y gaviotas pasa Salma sus primeras horas lejos del poblado. Salma observa las evoluciones de las aves marinas, muchas de ellas están aquí de paso y sus rutas migratorias continúan hacia el norte adonde también ella se dirige. Se fija en un ave de gran porte y pico poderoso, le llama la atención porque parece llevar sobre los ojos un antifaz negro y tiene la

cabeza teñida de un color amarillo huevo como si fuese el casco de un piloto. Con esa pinta tan profesional, piensa Salma, tiene que ser una voladora segura para dar el salto. Ha llegado el momento de ahuecar el ala. Con un par de aleteos el ave emprende el vuelo, sin acusar ningún esfuerzo, y enseguida avanzan a gran velocidad sobre el océano. Al calor de los plumones nuestra pequeña viajera se acomoda para el largo viaje y va soñando ya con el destino anhelado. Vuelan no muy lejos del agua, sin perder el contacto visual con la costa que cierra el horizonte. Pesqueros, lujosos trasatlánticos, petroleros monocasco, pasan por debajo de su vientre durante el trayecto. Se topan más tarde con una pequeña embarcación que a duras penas se mantiene a flote por la desmesurada carga de personas, amontonadas unas contra otras. Hombres y mujeres, algunas con niños de corta edad en los brazos. Como esa niña que ahora alza la vista a su paso, y mira el ave marina con esos grandes ojos negros, húmedos y brillantes, que a Salma se le quedan clavados.

El ajetreo y el cansancio van venciendo a nuestra viajera, que ya empieza a adormecerse. Salma se acuerda de la mirada asustada de la niña. Que llora. Abre su boca y llora. Una boca grande y oscura como un túnel que los atrae, que los aspira, que los hace caer a gran velocidad, en picado, hacia el fondo. “Aááaaaaah” ¡Chop! Glu gluglu glglgl... Salma enseguida nota la frialdad del agua. El sabor terrible del agua del mar. Se hunden. La aventura llega a su fin... “Arraah” “arraah”. El ave exhibe ufana el pez sujeto por el pico. Los ensordecedores graznidos del pájaro despiertan a Salma. “Arraah”. Acaba de descubrir la acrobática manera que tiene este ave de pescar: vertiginosas caídas cabeza abajo y con las alas recogidas, en picado sobre el mar, como un misil. “¡Pero que hace este cabeza huevo! ¡Me va a matar!” exclama Salma. Que no tendrá más remedio que acostumbrarse a estas zambullidas durante el viaje, según el pájaro necesite reponer fuerzas.

Por fin el ave marina se para a descansar sobre las rocas de un acantilado. Están en una isla, cerca de la costa. El sol empieza a caer sobre el mar, el cielo se tiñe de naranja, igual que en las postales que compran los turistas en el muelle, y hacia el interior de la ría empiezan ya a encenderse las primeras luces de las poblaciones costeras. En uno de los márgenes de la ría una gran ciudad se extiende a lo largo de la costa y hacia el interior. Salma la observa y cree que ese puede ser su anhelado destino. El gran ave del Atlántico reemprenderá al amanecer el vuelo para continuar hasta las costas de Escocia o de Noruega. Pero Salma la dejará partir y tomará rumbo hacia la ciudad.

Cabeza huevo no suele pasar por las ciudades, pero en la isla hay otras aves como las gaviotas que sí frecuentan los dominios del hombre. Así que al día siguiente Salma se embarca en una gaviota de patas amarillas. Pasean por el puerto, persiguen los camiones con el pescado sin cubrir, vuelan sobre por los tejados de la ciudad; bajan al parque para disputarle las migas de pan a un ejército de palomas; se entretienen más tarde en un vertedero y finalmente se posan en la huerta de una tranquila casa de campo en los alrededores de la ciudad.

En un cercado al lado de la casa una manada de gallinas deambula felizmente por el prado. Con los comederos repletos de maíz, se pasan el tiempo picoteando compulsivamente por la hierba y escarbando el suelo en busca de lombrices y de lo que encuentren. Bien mirado, a Salma no le parece mala vida la de estos bípedos estúpidos y piensa en quedarse a convivir con ellos una temporada.

En otro recinto juegan unos perros que por su traza y el número nos permiten deducir que en esta casa vive un buen aficionado a la caza. Uno de esos que no perdona un día de la temporada, llueva o hiele, sin echarse al monte a quemar unos cartuchos. Últimamente suele ir acompañado por un vecino nuevo, instalado hace unos meses en una casa cercana, al que ha ido enviando en el arte cinagético.

El nuevo vecino es el chef de un afamado restaurante de la ciudad, y más de una vez las perdices, conejos e incluso algún jabalí cobrados en las cacerías acabaron en los fogones de su establecimiento. Y esto no se limita a la caza, hay también otros productos que van de la huerta y de los corrales al restaurante, como ocurre con los huevos de las gallinas campestres. Todo empezó aquel día en que después del preceptivo madrugón y de largas caminatas por el monte los cazadores hicieron una parada para almorzar; aquel día eran unos simples bocadillos de tortilla. Pero fue probar el primer bocado y el cocinero fue presa de una intensa emoción; según se deshacía el bocadillo en su boca el sabor del huevo colmó de tal

manera sus aspiraciones gustativas que una lágrima de felicidad gastronómica corrió irreprimible por su mejilla mientras exclamaba: “guau” “que sabor” “esto sí que son huevos y no lo que venden por ahí” Y tras la primera impresión luego empezó a caer en la cuenta de lo que ganarían sus revueltos de algas o de ortigas si los hiciese con esta materia prima. O los de Boletus, en temporada. Desde entonces se ha establecido un suministro regular de estos huevos al restaurante. “Y no tienes miedo a los de sanidad” le preguntó alguna vez su amigo el cazador. “Pues no, porque los inspectores nunca los van a encontrar; no están a la vista” -contestó el chef- “No, de sanidad lo que más me preocupa ahora –prosiguió- es la prohibición de fumar en locales públicos. Sé de muchos buenos clientes que están encantados con el humidor que tenemos en medio del comedor y seguro que lo voy a notar. No sé que voy a hacer con esto”.

La Gaceta de los Negocios

“Asamblea descafeinada” M.R.E / Agencias

La asamblea general de accionistas de la empresa Entesa celebrada ayer se vio radicalmente alterada por la repentina ausencia de su presidente. Se había generado una gran expectación porque estaba previsto que el presidente de la compañía anunciase en dicha asamblea el giro copernicano que pretende dar a la política de inversiones en el exterior; cuestión muy controvertida que cuenta con la oposición de algunos miembros influyentes del consejo de administración de Entesa. La asamblea se quedó en un acto totalmente descafeinado al faltar el principal mentor de la iniciativa.

El imprevisto se debe a que el presidente de Entesa tuvo que ser hospitalizado ayer por la mañana al sentirse mal a primeras horas, con síntomas de lo que se ha diagnosticado como una gastroenteritis. El origen de esta afección parece deberse a una comida en mal estado que el paciente tomó la noche anterior en un conocido restaurante de la ciudad. Hay al menos otros ocho comensales afectados, entre los que se encuentra una mujer cuya identidad no ha trascendido y que según las fuentes consultadas era la acompañante del presidente de Entesa durante la cena. Ambos se encuentran hospitalizados en un centro médico, y se espera que puedan recibir el alta en unos días.

(...)

Días más tarde en un laboratorio de salud pública, un técnico realiza las pruebas de rutina para confirmar el agente etiológico de una toxiinfección alimentaria que ha afectado a unas diez personas. Se encuentra ya en la fase de serotipado, y está casi por adjudicarle la autoría otra vez a una *S. enteritidis*. Pero cuando mira los resultados no encuentra nada de lo previsto. “He debido equivocarme en algo” piensa el microbiólogo, y opta por repetir la serología de nuevo. Sin embargo otra vez aparece el mismo serotipo; no hay error, y además es uno que le resulta totalmente desconocido. Entonces consulta el Bergey’s y no se lo acaba de creer: “Pero si esto es una *Salmonella* africana. ¡ Como habrá llegado hasta aquí!”